

Pregón para la Feria del Libro de Cartagena 16-10-24

Buenas tardes, distinguido pueblo lector de la ciudad de Cartagena. Gracias por venir aquí hoy conmigo y con todos los autores y las autoras que pueblan los lomos de todos esos libros que nos aguardan allí fuera, aquí, hoy, en la feria, con todos los librereros que mueven cajas y nos venden mundos pequeños, grandes y medianos. Bienvenidos, bienvenidas y gracias. Pese a todo lo que oscurece el mundo hace hoy una tarde ideal, de buen tiempo y buena gente, para inaugurar esta feria donde todo es posible. Gracias también y cómo no al ayuntamiento y a sus responsables de cultura por pensar en mí, es un honor. Gracias, insisto, a todos los presentes por venir y ayudarme a girar la llave que abre la verja de la feria. Fíjense allí fuera qué cosas increíbles están a punto de suceder, fíjense en cada una de las casetas, de verdad, miren bien, en la cantidad de puertas que tiene cada una de ellas para llegar a cualquier lugar de la realidad y de la imaginación, fíjense en la cantidad de vidas que tienen a su alcance, como si fueran trajes para sus ojos, todas esas vidas están a su disposición para ser vividas página a página. Piénsenlo. Están de enhorabuena porque hoy el universo entero cabe en unos pocos metros cuadrados. Aprovechen esta fiesta para vivir más y mejor. Ya puestos, caven aquí mismo su

trinchera para resistir los ataques de la prisa y de las obligaciones sucias de cada día, lean y resistan, lean y vivan. Hoy comienza la Feria del Libro de Cartagena y todas las historias y todos los poemas están aquí, en pie, bailando, para celebrarlo con nosotros. Esto, ya lo saben, ya se ve, es una fiesta y así debemos vivirlo.

Para mí, lo he dicho antes, es todo un honor ejercer de umbral con estas palabras, también es un orgullo. Porque fue aquí, precisamente, en Cartagena, donde aprendí a leer, porque aquí fue donde me enseñaron a escribir. Soy hijo del barrio de Santa Lucía, calle Crucero número cuatro, junto al viejo campo de fútbol de tierra de Los Mateos. Mi abuelo repartía leña con una bicicleta por el barrio en los tiempos de la posguerra. Mi madre era de Quitapellejos. Mi familia, en algún lugar lo dejé escrito antes, se pierde en la noche plebeya de esta ciudad, trabajadores sin más patrimonio que su trabajo, pescadores y obreros industriales. De ahí vengo como muchos de ustedes. De un mundo cansado donde los libros casi siempre eran un lujo en manos de otros. Mi madre dejó la escuela de muy niña para recoger algodón y ayudar en su casa. Mi padre repartía leche por Santa Lucía con siete años porque su maestro había muerto y hacía falta cada peseta para comer. Allí había pocos libros o ninguno. Pero de ahí vengo. De esa tenacidad para sobrevivir. De ese salir adelante con las manos, a dentelladas, con la cabeza alta y la espalda deslomada. Esa es mi

clase. La social y de la que aprendí. También hubo otra clase, claro, un aula en una escuela pública de esta misma ciudad. Me enseñaron a leer en el antiguo colegio público Nuestra Señora del Mar, el viejo, donde ahora está la Federación de Asociaciones de Vecinos, allá por el año 1982 o 1983, fue una maestra llamada Carmen, con los gatitos de Micho y estando yo vestido con un babi azul claro con una fruta dibujada como insignia, un dibujo que nos identificaba a cada alumno antes de saber leer nuestros nombres. Qué importantes son los nombres. Por entonces yo era un plátano. Mi hija, por cierto, también se llama Carmen, y ese nombre, como saben, significa poema. Un poema es una puerta al infinito. Yo a la maestra Carmen le debo el infinito, le debo mi manera de estar en el mundo y de mirar la vida que es más o menos lo mismo. Es tanto lo que le debemos todos a todas esas cármenes de las escuelas que yo no sé. Fíjense que incluso escribo libros ahora. Y es por esas Cármenes, por la escuela pública, que los hijos de barrio, los hijos de los obreros de las manos sucias y el corazón limpio, ahora nos podemos pasear por los mismos templos de la cultura que antes estaban cerrados para gente como nosotros. Qué cosas. Ahora leemos y escribimos, y hasta pronunciamos pregones en las ferias. Y estamos aquí de pie, diciendo todas estas cosas, aunque no dejen de asaltarnos la duda y los picores del maldito síndrome del impostor, la sensación de que en cualquier momento alguien va a descubrir que yo también tengo las manos sucias. Como si eso fuera algo malo. Tonterías.

Aquí estamos, hablando, en libertad y en buena compañía, en esta maravilla que es la ciudad de Cartagena, estimado pueblo lector, distinguidos vecinos y vecinas, en su feria del libro que empieza hoy. Digo maravilla porque, para mí, Cartagena significa también eso. Significa las raíces y la familia, sí, el principio de todo. Significa la calle del Chocolatero, el pinacho y la fantasía del castillo de los patos. Cartagena tiene para mí la consistencia de los sueños, que es la de los recuerdos de la primera infancia. Ese mismo tacto y esa misma materia de la que están hechos los libros por dentro, que como ustedes saben no es la del papel ni tampoco la de la tinta, sino el reino tangible de lo posible y lo imposible. Pienso en Cartagena y pienso en eso. En lo posible y lo imposible que buscaban los cartageneros que proclamaron el cantón en aquel verano de 1873, en cómo lo cuenta Ramón J. Sender, con su tinta y su soso Mr Witt y grito, claro, con todos los fantasmas de aquel tiempo que viva Cartagena, y que ya de paso se pudran las cadenas y se reparta el pan y también las rosas, que ya es la hora. Aquí a la feria hemos venido a eso, a repartir las rosas, a pudrir las cadenas, a compartir el pan de las letras para vivir más y mejor en los cantones inconquistables de nuestra mente. Hemos venido a que la literatura nos desgobierne y nos ensanche el alma, el mundo y todo lo que se tercié. Hemos venido a tener los ojos más grandes y más terriblemente bellos. A crecer y a viajar. A no tener remedio. Porque leer va de eso. De que lo imposible sea inevitable. O yo qué sé. Fíjense cuántas

puertas hay en cada caseta de la feria. Hacia otros mundos, hacia otros tiempos también. Para repensar el pasado y para construir otro futuro. Leer va de eso. De compartir la memoria y de cultivar el horizonte. Y esto no puede ser otra cosa que una fiesta porque se trata de libertad. Leer, escribir, vivir así, ha de servir para mirar distinto, sí, leyendo acabamos mirando de otra forma lo que nos aseguraron que sólo podía ser visto de una. Por eso escribo también. Aquí se me cruza la memoria de mis abuelos o la de mi padre, que no podrá ser borrada mientras alguien los piense o estén escritos en algún lugar. Y la memoria de los muros de esta ciudad, demasiado mudos a veces para todo lo que deberían decir. Fíjense, por ejemplo en el arsenal, busquen en sus largos muros blancos algún rastro que consigne la verdadera dimensión de su origen. Leer sirve para saber que fue construido por gitanos esclavizados por el simple hecho de ser gitanos. Leer sirve para saber que también somos eso. Ojalá el Ministerio de Defensa pusiera allí una placa para que todos lo pudiéramos leer sin tener que abrir un libro. Pero mientras serán los libros los que nos sigan abriendo el mundo, afilando los ojos y encendiéndonos el hambre. Leer sirve. Es como alimentarse de fuego y de música o si no explíquenme a qué otra cosa se le parece leer unos versos de José María Álvarez o de Carmen Conde. Vaya, otra Carmen. Un poema. Una puerta al infinito. Leer sirve para pensar, para pensarnos, para mirar con más ojos además de los nuestros. Hablo de la maravilla de ponerte en lugar del otro en estos tiempos de oscuridad

sectaria. Hablo de la libertad y del pensamiento crítico. De eso va la literatura, de la gran riqueza. Lo hemos dicho y por eso estamos aquí, hoy, para celebrar los libros como máquinas de generar infinitos. Va siendo hora de que crucemos todas esas puertas de las casetas de allí fuera. Pero antes quisiera pedirles un último favor: si por casualidad conocen a una mujer, imagino que ya muy mayor, de nombre Carmen y que fue maestra de párvulos en Nuestra Señora del Mar a principios de los 80 díganle que gracias a ella vivo dentro de un incendio que nunca se apaga. Denle las gracias y léanse algún libro a su salud y a la mía. La feria está ahí delante para que se pierdan y para que se encuentren, ahí están las historias y los poemas, el pensamiento y sus semillas, la vida y sus miradas. Disfruten y lean, que para eso se hizo esta fiesta. Distinguido pueblo lector de Cartagena, nos vemos en los libros. La feria es toda suya.